



LA MENTALIDAD ARAUCANA

POR

TOMAS GUEVARA

(Continuacion)

CAPITULO III

EL MECANISMO DE LA PERCEPCION INDÍJENA

Como percibian los objetos las sociedades americanas de organizacion totémica.—El concepto del alma en estas sociedades.—Las representaciones colectivas sobre los animales, las plantas, los objetos inanimados, los manufacturados.—Las imájenes grabadas o dibujadas, la sombra, el sueño i el eco.—Los espíritus que pueblan el espacio.—La supervivencia de las percepciones en las sociedades posteriores.—Las representaciones colectivas.—La percepcion entre los araucanos.—Sus representaciones colectivas.—Comparacion de su mentalidad con la de los conquistadores.—Fuentes de informacion sobre mentalidad indijena.

Cuando los conquistadores europeos comenzaron a invadir los territorios de América, la mayoría de las colectividades aborígenes se hallaban en plena organizacion toté-

mica, que coincidía con la estructura social de la familia uterina; muchas entraban en el período de transición, i las otras, las ménos, habian llegado a la escala mas avanzada del patriarcado, si bien conservando raices mui hondas de la mentalidad tradicional.

En estas comunidades organizadas por el sistema de totems, la mentalidad del indio aparecia recargada de creencias animistas.

Producíanse entónces las percepciones de un modo especial, que diferia sustancialmente del que rije las funciones mentales de las sociedades civilizadas. Para el individuo de colectividad ya adelantada, las ideas o representaciones pertenecen a la clase de hechos meramente intelectuales. Si se representa cualquier objeto, se fija tan solo en sus caracteres materiales, es decir, en su forma, color, tamaño, etc. El americano primitivo percibia de otra manera: suponía penetrados de cierta virtud o fuerza oculta a los seres vivos i objetos inanimados, de los cuales su actividad mental poco diferenciada no hacia distincion; si percibia caracteres objetivos, no estaban sobre los de oríjen májico i sagrado. Causábanle siempre ciertas emociones, sentimientos i pasiones que no experimenta el civilizado; esperaba o temia algo de ellos.

Su ignorancia de las causas de los fenómenos naturales, lo inducia a creer que tambien éstos eran debidos a un poder secreto i misterioso, porque en todo lo que se movia obraba una accion intencional, semejante a la que lo impulsaba a él mismo.

Por esta característica esclusiva de las sociedades primitivas, a las que pertenecian las americanas prehistóricas i contemporáneas de la conquista, las representaciones colectivas de estos indios sobre los seres, las cosas i los fenómenos naturales iban acompañadas invariablemente de un fondo emocional.

Aumentaba este elemento emocional la misma vida de los indígenas o el funcionamiento social de las agrupaciones, co-

mo la multitud de ceremonias sagradas, mas formulistas que en los pueblos civilizados; el vértigo de las danzas, los fenómenos del éxtasis i del sueño, el contagio de las emociones.

En primer lugar, el indio sentia dentro de su cuerpo manifestaciones vitales, una fuerza secreta que estaba sobre él i podia reproducirse materialmente. Por un proceso natural de su pensamiento, llegó con facilidad a la induccion de que habia en cada hombre dos entidades que formaban un solo todo: una vida que le permitia sentir, pensar i obrar, i un segundo yo o fantasma, es decir, alma que aparece. Los dos principios que constituian el concepto sobre el alma del indio primitivo, podian dejar su encierro corporal: cuando lo hacia la vida, sobrevenia la insensibilidad momentánea o la muerte; cuando la imájen se desprendia del cuerpo, aparecia en otros lugares, se comunicaba con otros espíritus i hasta se agregaba a otros seres vivos u objetos inanimados.

Este es el concepto corriente de los etnólogos sobre el alma duplicada; pero el estudio de las representaciones de muchas sociedades americanas sobrevivientes, descubrió ideas mas complicadas acerca de este particular. En algunas asociaciones de tribus existió la pluralidad de almas, de dos hasta cuatro i cinco, todas con funciones diversas. Habia almas del sueño, de la sombra, de la selva, etc. Los dacotas admitian cuatro almas: una del cuerpo, que moria con él; un espíritu, que vivia siempre con el cuerpo o cerca de él; otra que era responsable de los actos del cuerpo, que se iba al sur o al oeste, i la cuarta que permanecia con el último mechón de cabellos, que los parientes arrojaban al país de los enemigos para que se convirtiese en fantasma errante (1).

La idea de alma no se encuentra hasta hoy bien definida en los pueblos indígenas; ellos solo tenian nocion de una o varias acciones que emanaban de los seres.

Acostumbrados estaban los indios de épocas anteriores a la conquista española i los que coexistieron con ella, de ré-

(1) *Les fonction mentales dans les sociétés inferieures*, par L. Lévy Bruhl.

jimen matriarcal, a considerar ciertos animales como totem del grupo, esto es, como protectores, agentes sobrenaturales, oríjen de los linajes, afines i ligados a éstos con obligaciones imprescindibles. Lójicamente debieron dotarlos de un poder oculto i temible, separable tambien del cuerpo que lo contenia, algo así como una alma real. La serpiente, el tigre, el puma o leon americano, el cóndor, el águila i tantos otros animales que se particularizaban por su fuerza, por su velocidad o destreza, les parecian movidos por un espíritu. Creian que obraban como seres iguales al hombre en sus pasiones i conducta. El enojo de algunos les causaban verdadero espanto i podia traer enfermedades o desgracias. Estaban dotados, por lo tanto, de influencias nocivas o benéficas para el hombre. Poseian una doble naturaleza, humana i animal.

Los mitos, el ceremonial i las prácticas májicas de animales eran abundantes; sobre todo las que se relacionaban con la pesca i la caza; para tales casos precedian o seguian las danzas alusivas a esas operaciones.

De las mismas propiedades secretas i sagradas, análogas al espíritu de los seres vivos, se hallaban penetradas las plantas. Hacíanse tanjibles, sobre todo, para el indio las fuerzas misteriosas de la especie vegetal del totem i de las plantas sagradas o beneficiosas a los miembros de los grupos emparentados. Las ceremonias i ofrendas abundaban, particularmente las que se encaminaban al fin de asegurar la produccion espontánea, parte de la subsistencia comun.

No solamente los seres vivos i las plantas se hallaban penetrados de este fluido májico, especie de espíritu, incomprendible para el pensamiento lójico del civilizado, sino tambien los objetos inanimados, en particular los que salian de lo ordinario, como una piedra de color i figura estraños, una hoja o molusco petrificados, una fruta desviada o hipertrofiada en su desarrollo.

Las rocas, cuya posicion u otra circunstancia les daban apariencia escepcional, contenian, asimismo, el poder oculto i de carácter sagrado de las demas cosas.

Creía el indio de aquella época que el mar embravecido, el lago profundo, el río caudaloso tenían vida real i alojaban en sus aguas fuerzas o espíritus incontrarrestables.

Respetaba al trueno como si hubiera sido un sér sustancial, i dentro del torbellino que levanta i hace jirar la tierra, residia un espíritu malo.

Los astros eran tambien representaciones de análoga significacion que las anteriores. Alcance sagrado tenían igualmente los puntos cardinales, carácter que persistió en símbolos (la cruz americana) en casi todas las sociedades indígenas que esperaban de las lluvias la producción del suelo (1).

El cuerpo humano tenía para el indio órganos privilegiados, en los que se acumulaba de preferencia la virtud mágica, utilizable para fines determinados: el corazón del enemigo comunicaba su valor, el hígado denunciaba los venenos de la víctima; las uñas, la médula, los ojos, los brazos, etc., podían ejercer influencia mágica. Las prácticas del canibalismo, de los sacrificios i de la magia, han dejado un acopio abundantísimo de hechos que comprueban el valor preponderante i misterioso de algunos miembros.

Lo mismo que en el hombre, se atribuía ese poder imperceptible pero real i maravilloso a varias partes de los animales i de las plantas, como los pelos, las uñas, los huesos i la cabeza de algunos felinos i carniceros; las plumas de las aves de rapiña i del mar:

A veces emanaba de ciertos animales i plantas un poder nocivo i destructor que dañaba al que veía un tigre o una serpiente, al que alcanzaba la saliva del perro con hidrofobia, al que se cobijaba a la sombra de un árbol venenoso o habitado por un espíritu maléfico.

Hasta los mismos objetos manufacturados por los indios anteriores a la conquista i de épocas siguientes, poseían las propiedades animistas de que estaban dotados los seres vi-

(1) *La cruz en América*, por ADAN QUIROGA, argentino.—*La lluvia*, por PABLO PATRON.

vos. Algun detalle que los hacia raros o su figura zoomorfa, les imprimian carácter misterioso, les comunicaban una fuerza interna que podia manifestarse en determinados casos.

Este respeto supersticioso por los utensilios de cierta clase hechos por el hombre, esplica la extraordinaria persistencia de forma i ornamentacion de los pueblos americanos. Modificar las líneas i la hechura que habian seguido i respetado los mayores, envolvía el peligro de irritar esas fuerzas ocultas o espíritus que contenian los artefactos, las viviendas i el interior del suelo. En algunas tribus se consideraba en extremo peligroso escavar la tierra hasta cierta hondura o modificar su relieve.

Las imágenes grabadas o pintadas tienen para el civilizado valor objetivo. Para todos los indios americanos esas figuras incluían, en especial, misterio i temor; teníanlas por reales o por parte de la persona que representaban. No se dejaban retratar porque eso equivalía a dejar en manos de extraños la propia existencia. En ocasiones la introduccion de estampas i retratos en las tribus traía epidemias, desgracias a los jefes de familia o escasez en la pesca i caza (1).

El nombre era para el indíjena antiguo una cosa que revestía mas importancia que una simple denominacion de personas; formaba parte de la existencia del individuo. Si se daba a otro, podia llevar las cualidades del primero. El conocimiento del nombre por extraños, equivalía a su posesion i, en consecuencia, a un peligro para su dueño, el cual quedaba así espuesto a ser víctima de prácticas májicas dañosas. Por eso se evitaba en la conversacion i en su lugar se empleaba la designacion de parentesco. Nombrar animales temibles, como el leon o la serpiente, estaba prohibido (tabú), porque sus espíritus podían irritarse i causar daños.

La percepcion de la sombra se amoldaba a la mentalidad recargada de elementos sagrados i secretos de los aboríjenes.

(1) Relaciones de cronistas i viajeros.— *The North American Indians*, Catlin, 1903.

En algunas tribus formaba una alma independiente i en otras era parte integrante de la persona que la proyectaba. De aquí el cuidado que gastaban en conservarla intacta, sin que se perdiera en las vueltas del camino, sin que nadie la golpeará o pisase.

Los sueños constituían una segunda existencia para los americanos primitivos: reglaban sus actos en sus relaciones con el mundo exterior i con el invisible; eran, además, una clave segura del porvenir.

El hombre civilizado somete al control de la reflexión las manifestaciones de actividad mental que se producen en el sueño. Para el indio representaban percepciones tan reales como las del estado de vigilia.

Durante el sueño el espíritu o el alma fantasma viaja, se comunica con los otros i ejecuta actos de la vida ordinaria.

En el sueño el indio descubría el totem individual o el espíritu protector que debía adoptar.

Si soñaba con una enfermedad, se curaba como si hubiese sido cierta. Si lo atacaba mientras dormía un reptil o un tigre, atribuía al espíritu de estos animales la agresión i tomaba las precauciones rituales para desagrararlos.

Así como había un cuerpo de reglas tradicionales que regía la vida despierta, existía igualmente un método prolijo para encaminar hacia lo útil la vida dormida.

Entraba, pues, el sueño dentro de lo que el indio consideraba misterioso, dirigido por fuerzas intangibles. Era una percepción llena de elementos sagrados i emocionales como las ordinarias de los seres i de las cosas.

El eco era uno de los muchos fenómenos físicos que se incluían en sus percepciones de índole sagrada. La repercusión del sonido en la montaña cercana se tomaba por la voz de uno de los espíritus que poblaban ese paraje.

El medio del americano se hallaba, según sus representaciones colectivas, saturado de espíritus que pesaban sobre su mentalidad i la orientaban.

Fuera de los del hombre i de los demás seres, había otra

multitud de espíritus libres, de procedencia no conocida por los indios, que representaban fuerzas de naturaleza hostil, que no se ocupaban sino en hacer mal i en matar.

Los espíritus que se orijnaban del hombre podian entrar nuevamente a un cuerpo humano, al de un animal i en ocasiones hasta a una planta.

Esta reencarnacion, que se efectuaba de preferencia en los descendientes, se explica por el deseo de sobrevivirse, de evitar el aniquilamiento que sintieron los habitantes de América de los tiempos de Cortes i Pizarro. A causa de esta reencarnacion, la vida entera se iba reanudando, se hacia, en suma, interminable.

Otro rasgo de la mentalidad especializada de las razas americanas era la percepcion singular, de un solo individuo, de fenómenos i seres que se manifestaban en presencia de muchas personas. Si el civilizado oye o ve singularmente un objeto, se encuentra, sin duda, en un estado de alucinacion. No sucedia lo mismo en las colectividades indíjenas de América: todas aceptaban como testimonio irrevocable la percepcion singular del adivino i chupador de enfermedades, del operador en las ceremonias sagradas, de los visionarios, videntes i locos; ellos únicamente veian i hablaban con espíritus i seres escondidos para los demas.

Signo saliente de la mentalidad del americano, como en la de todas las sociedades inferiores, era el modo cómo unia sus representaciones o ideas colectivas. Si caia una culebra del techo, si atravesaba un zorro por el frente de la casa i enfermaba un miembro de la familia, se debia a estos accidentes casuales el contratiempo. Si llegaba un extranjero al lugar i estallaba una epidemia, atribuíase a su presencia la desgracia, pues no habria sido grata a los espíritus amigos su llegada o él tendria consigo alguna causa nociva, de brujería.

Por ser rebelde a las comprobaciones de la experiencia, que no necesitaba para establecer reglas de conclusion, carecia de juicio para aplicar el principio de causalidad. Entre dos

representaciones, no habia para él sino la relacion preternatural, mezcla de recóndito, sagrado i májico.

Este rasgo esencial de la mentalidad de las sociedades primitivas, ha inducido a algunos autores a darle el nombre de prelójica (1).

A medida que las colectividades americanas de estructura totémica se iban modificando, la mentalidad variaba tambien; el medio i las manifestaciones psíquicas han guardado constantemente un paralelismo exacto. Pero las comunidades que habian salido de esa organizacion, siguieron guardando como supervivencia la mentalidad de épocas precedentes. Las representaciones colectivas sobre los animales, las plantas, objetos inanimados, el sueño, etc., conservaron en la sucesion del tiempo su fondo místico, tomando esta palabra en el sentido de lo que implica misterio i temor.

Se puede llegar a la interpretacion exacta de la mentalidad de las sociedades que siguieron a las primitivas, en las que están incluidos los araucanos, con el análisis de sus representaciones colectivas cristalizadas, que manifiestan costumbres, creencias e instituciones, i que se conocen en que son comunes a un grupo social, se transmiten por tradicion i despiertan sentimientos de respeto, de temor i adoracion por los objetos (2). Los restos sobrevivientes de comunidades indígenas i las informaciones de los cronistas, suministran material suficiente para un estudio de conjunto.

Aquí caben únicamente unos pocos hechos aislados, para llegar a los araucanos con la enumeracion de otros análogos.

Representacion colectiva sobre la introduccion del alma de animales en el cuerpo del hombre. — Un cronista de los indios chiquitos del Paraguai, dice al hablar de los chupadores de enfermedades: «de aquí pasa a examinar si el enfermo ha derramado la chicha, si ha echado a los perros pedazos

(1) Lo que no significa *antelójica* ni tampoco *alójica*, dice Lévy Bruhl en *Les fonctions mentales dans les sociétés inférieures*, páj. 79.

(2) INGENIEROS, *Psicología*.

da carne de tortuga, siervo o de otro viviente; i si le halla reo de este delito, dice que el alma de estos animales, para vengar la injuria, se ha entrado en el cuerpo i le atormenta a medida de su afrenta» (1).

Representacion colectiva sobre el poder secreto i mágico de los objetos.—Un viajero de la Patagonia, de tiempo reciente, cuenta el incidente que sigue entre él i un indio viejo, con un brazo inmóvil por un lanzazo: «Mi brújula excitó grandemente su curiosidad i se le metió en la cabeza que el instrumento tenia un poder mágico que podia devolverle el uso del brazo. Suplicó, por consiguiente, que se le permitiera tenerla en la mano, i se estuvo una hora pacientemente sentado, con una mezcla de temor respetuoso i de fé, declarando despues que la operacion le habia hecho mucho bien» (2).

Otros la pedian para ganar en el juego de cartas.

El explorador Cox, de Chile, que anduvo entre los pehuenches i huilliches del lado arjentino, a mediados del otro siglo, anota este incidente con un cacique: «Mientras tanto, viéndome sacar del bolsillo mi reloj de sol para ver la hora, me suplicó que lo volviera a guardar, diciéndome que eso era talvez alguna brujería i podia causar una enfermedad a su mujer.»

Entre los araucanos se cuentan por miles los casos de objetos manufacturados, desde los españoles de la conquista i despues hasta fecha reciente, que se guardaban en las habitaciones con supersticioso respeto, para curar enfermedades, preservarse de brujos u otros fines de beneficio. Entre esos objetos se contaban patenas, hebillas, brújulas, relojes descompuestos, etc. (3).

(1) *Relacion historial de las misiones de indios chiquitos* por el padre Fernández, tomo I, 47.

(2) *Vida entre los patagones* por Munsters, páj. 229. Edicion de Buenos Aires de 1911.

(3) En la coleccion del autor hai una brújula descompuesta que guardaban unos indios de las cercanías de Angol.

Hasta el presente quedan incrustadas en la mentalidad del indijena, como el fósil en la roca, ideas o miedos de pasadas jeneraciones acerca de ciertos objetos raros. Mostraba el autor a un joven mapuche que estudia en Santiago una silla de viaje que se abria i cerraba automáticamente. Al imponerse de su mecanismo, exclamó: «Si la vieran los de por allá (de su tierra), le tendrían miedo i creerían que tenia dentro alguna cosa de brujería».

Hasta algunos de factura indijena se guardaban como preservativos de enfermedades i de malos sucesos. Una *machi* de Voroa tenia en su poder una hermosa piedra redonda i grande, con cintura para boleadora, pintada de colorado, que le servia como auxiliar en sus prácticas de curaciones (1).

Representacion colectiva acerca de fenómenos naturales; los eclipses.—Cuenta el padre Gumilla que las tribus del Orinoco formaban una algazará extraordinaria cuando habia eclipse de luna: los hombres tomaban las armas i gritaban, sonaban los tambores, las mujeres lloraban i corrian a enterrar en la arena tizones de fuego para reanimarla i tambien porque si moria, todo el fuego concluia con ella, ménos el que se escondia a su vista. Creian que luchaba con un dragon formidable. Al recobrar el astro su esplendor, se dejaban oír manifestaciones de júbilo (2).

Esta representacion del eclipse, con algunas variantes, era comun a todas las razas.

Los araucanos se alarmaban excesivamente con los eclipses de sol i de luna. Significaban la muerte de estos astros; encendian fogatas para reanimarlos. Presajaban sucesos desgraciados, como guerras, muerte de algun cacique o de alguna persona de la familia.

El aspecto rojizo del sol por la bruma significaba que el

(1) Está en la coleccion del autor, i la *machi* se desprendió de ella con gran pesar.

(2) *Naciones del Orinoco*, tomo II, pág. 277.

astro se quemaba; este fenómeno presajaba tambien mal suceso (1).

Ha sido importada por los incas, a no dudarlo, esta representacion del eclipse, dada su semejanza con la de los araucanos. Un cronista informa lo siguiente de los indios del Perú: «dan gritos i lloran, i golpean a los perros para que aullen, creyendo que morian esos astros o que les sobrevendria algun gran mal» (2).

Igual analogía hai en la representacion del arco iris. El mismo cronista noticia que los indios peruanos se abstienen de señalar ese meteoro, porque temian morir o por lo ménos que se les pudiese el dedo con que lo indicaban (3).

Representacion colectiva sobre el nombre.—Mui jeneralizada parece que estuvo en las razas de los continentes del norte i del sur.

El padre Calancha habla de la práctica májica, que a principios del siglo XVII estaba en uso entre los indios peruanos, consistente en vestir una figura con ropa del individuo a quien se queria dañar, para clavarle en seguida instrumentos punzantes o quemarla. Pero el formulismo exijia como condicion indispensable de buen resultado poner a esa figura de trapos, cera, græda o madera, el nombre de la persona que se queria herir o matar (4).

En estas manipulaciones e imposicion de nombre, los araucanos concuerdan con los incas poco ménos que hasta la identidad (5). Afanábanse tambien los primeros en ocultar sus nombres para no esponerse a maleficios semejantes al anterior, i en el trato con los demas individuos de la propia o de diferente parcialdad, se saludaban con el término corriente de parentesco de amistad o consanguíneo. Escusá-

(1) Cronistas i datos coleccionados por el autor.

(2) *Coronica Moralizada*, por Fray Antonio de la Calancha. 1639.

(3) Id. id.

(4) *Coronica Moralizada*, tomo II.

(5) Tomos IV i V del autor.

banse de firmar cartas con signos equivalentes al nombre, i su temor al bautismo obedecía, sin duda, al temor de entregar al misionero un medio de dañarlo cuando lo tuviera a bien (1).

Representacion colectiva sobre la serpiente.—El culto a este ofidio ha sido jeneral para todas las religiones indígenas. dice un autor de etnología de Colombia i Venezuela: «Los aborígenes de Jají creian que las fuentes i manantiales de agua, donde a veces se hallan esas grandes culebras, estaban guardados por ellas como sus divinidades tutelares; esta creencia aun persiste entre los jajíes; el que esto escribe fué estorbado por un indio cuando se proponia hacer fuego sobre una serpiente que halló junto a una fuente; confuso el indígena, se escusó diciendo que no se debian matar esas culebras, porque sobrevendrian grandes males, entre ellos, como primero, el agotamiento del arroyo» (2).

Analizando esta representacion, se hallan caracteres de similitud bastante pronunciados entre las que se habian formado los araucanos i las corrientes en las otras colectividades aborígenes. Aun quedan intactas entre los primeros las antiguas ideas de los antepasados acerca de los males que trae al individuo mirar una culebra de cierto color i figura, matarla o herirla, soñar con ella.

En capítulos precedentes a éste, quedan anotadas numerosas noticias acerca de este particular.

Todavía corren entre los mapuches mitos i cuentos que reflejan el rasgo predominante de la mentalidad araucana, el fondo místico (lo que incluye misterio i terror) de sus representaciones de los animales.

(1) Preguntó el autor por su nombre en mapuche a una india de Puren; maquinalmente lo dijo, pero al propio tiempo recibió una severa mirada de su marido. No ocultaban ántes los indígenas los nombres del calendario como los otros; sin dificultad decian llamarse Cármen, Dolores, etc.

(2) *Etnología e historia de Tierra Firme* (Venezuela i Colombia) por Julio C. Salas, páj. 147. Edicion de 1908.

Hace poco un jóven mapuche, estudiante ya mui avanzado en sus conocimientos, contó al autor i escribió en su lengua la relacion que sigue:

«Un joven iba a caballo para la ciudad de Temuco. Iba por un lado del camino. Se le atravesó una culebra. Le pegó en la cabeza con el *talero* (rebenque) i la mató.

A la vuelta encontró por ahí mismo una niña mui hermosa. Lo invitó a bajarse. Le acepta ella sus requiebros. Estaba peinándose. Le ruega la ayude a peinarse. De repente, él le ve la cabeza rota. Se asusta i le pregunta: «¿De qué es esto, hermana, hermanita?» Ella le responde: «¿No te acuerdas que hoi tú me pegaste en la cabeza?»

Acto continuo se vuelve culebra i con muchos culebrones i otras mas que aparecieron, lo devoraron.

Desde que oí ese cuento conservé de él un vivo recuerdo i nunca hiero o mato culebras, porque el espíritu que tienen puede perseguir.»

Semejanza grande hubo asimismo entre la representacion de los indios de otras razas i la de los araucanos sobre las ranas i los sapos, animales que simbolizaban el agua. En las prácticas culturales de todas las sociedades americanas, particularmente en las de tipo relativamente avanzado, el agua figuraba en primer lugar.

No ménos jeneralizadas estaban en todas partes las representaciones colectivas sobre la transmigracion de las almas de los hombres a los animales. «Los batios de Nueva Granada creían que las almas de sus caciques pasaban a habitar los cuerpos de tigres o leones» (1).

La misma representacion existia entre los araucanos. Quedan anotadas algunas referencias acerca de la reencarnacion del alma humana en cuadrúpedos i aves.

Las representaciones colectivas sobre el mar, lagunas i rios eran mui uniformes en los dos continentes. «Los indios de Venezuela i Colombia las conservaron hasta hace pocos años.

(1) *Etnología e historia de Tierra Firme* por Julio C. Salas.

Los Zenúes, Achaguas, Chitas, Giros, Mucuchíes, Lagunillas, Chibchas i muchas naciones americanas veneraban las lagunas, suponiéndolas residencia de algunas divinidades; todavía conservan los indígenas civilizados de estas comarcas de Mérida restos de esta antigua idolatría: comun es la costumbre que tienen los indios que sirven de guía o baquianos, de pasar silenciosamente delante de las lagunas que se encuentran en los montes i páramos desiertos; a veces encargan al viajero a quien sirven no haga ruido ni grite, por temor de enojar a la divinidad tulerar de las aguas encantadas» (1).

Comun a todas las naciones indígenas o confederaciones de tribus de una misma estirpe era el cuidado de no enojar al viento, con ruidos impertinentes. Sirva de informacion jeneral la creencia de los peruanos, contenida en esta cita breve: «Cuando caminaban por allí iban en gran silencio i no hablaban, i esto hacían porque creían que los vientos se enojarían i echarían tanta nieve que con ellos los ahogarian» (2).

Concordancia completa existe entre estas representaciones i las afines de los araucanos de jeneraciones posteriores a la conquista. Hasta hoi se han cristalizado las ideas animistas en mitos de los rios i lagunas que devoran a los hombres; hasta el día creen los indios que los que se ahogan mueren por brujería de algun enemigo o porque los enreda el dueño de las aguas, espíritu o ser preternatural (3).

Muchas otras costumbres anímicas orijinadas por el comunismo, que forman en globo el cuadro de ideas májico-religiosas, persistieron tenazmente, como las enunciadas, en las tribus americanas que se elevaron al estado medio de la barbarie, incluyendo en éstas a las araucanas coexistentes i posteriores a la conquista española. En tal estado se detuvieron casi todos esos agregados tribales hasta su desaparicion, de-

(1) *Etnología e historia de Tierra Firme* por Julio C. Salas, pág. 146.

(2) *Repúblicas de Indias*, Roman i Zamora, tomo I, cap. XXI.

(3) Tomo IV i V del autor.

teniéndose, en consecuencia, la capacidad mental, que adelanta conforme al progreso o cambios del medio social.

Hai que enumerar entre esas manifestaciones colectivas supervivientes, la que daba a los astros i fenómenos naturales una accion voluntaria o fuerza recóndita; la que suponía el medio externo rodeado de un principio o espíritu bueno i de otro maligno, al que se atribuían enfermedades, muertes i desgracias. El *wekufo* fué la causa maléfica de los araucanos (1).

La que reconcentraba en algunos órganos del cuerpo humano o de los animales mayor importancia o virtud májica. En todas las asociaciones familiares pequeñas i en las que mas habian avanzado en su desenvolvimiento social, se consideraba el corazon como el miembro principal del organismo, no por sus funciones fisiológicas sino porque ahí se escondian las cualidades sobresalientes del individuo, como su valor, su prevision, sus pasiones, etc.

Tambien entre los araucanos, como dan testimonio los antiguos sacrificios de prisioneros i los de animales en las ceremonias de ahora. Seguian en valor májico el hígado, asiento de los venenos con que morian las personas, a manos de enemigos i de brujos; los brazos i los piés, instrumentos de adivinacion, que hasta hoi se reputan indicadores de sucesos futuros, no tan solo en los iniciados en las prácticas adivinatorias, sino en cualquier sujeto que sienta en ellos contracciones misteriosas.

Hace apénas dos años que un mapuche de nombre Cona fué de visita a casa de un amigo, en Collimallin, hácia el noroeste de Temuco. Inmediatamente de sentarse, viniéronle algunas manifestaciones de *witan* a un pié.

Llaman los mapuches *witan namun* al individuo que tiene la particularidad de mover misteriosamente un pié; creen

(1) Tanto en los cronistas como en los datos de resúmen del autor referentes a los indígenas antiguos i los orijinales sobre los modernos, se encuentran detalles suficientes de la accion de este ajente nocivo.

que posee el don de adivinar. Interroga al pié sobre algun asunto doméstico, enfermedad de ordinario, i le encarga decir la verdad. Provoca movimientos del pié que interpreta a su manera; otro suele hacer las preguntas.

Cona predijo que el enfermo sanaria, i efectivamente se mejoró en unos cuantos dias (1).

Prueba este caso de ayer no mas la enorme resistencia al tiempo de las representaciones colectivas.

En esas sociedades medias del mundo bárbaro americano abundaron las ideas colectivas de los árboles maravillosos, en los que habitaban espíritus benefactores por lo comun. Basta una cita de un cronista mui bien informado de las creencias lejanas de los peruanos. «En el pueblo de Tauca adoraban a los duendes, que nosotros llamamos sucubos, i ellos llaman Huaracalla, i era el umilladero i ordinario adoratorio en unos alisos que estaban junto al pueblo a donde se aparecian, i sus adoradores oian sus voces. I era tan apetecida esta adoracion i tan venerados estos alisos, que las hojas eran reliquias i casi adorados pero por lo ménos tenidos por dichosos los pájaros i aves que ponian en ellos. Tenian dedicadas doncellas para ofrecer sacrificios, i toda el ánima tenian en aquellos duendes los varones, acrecentándose la adoracion por la sensualidad. Estos árboles destruyeron los celosos padres, confundiendo tan abominable peste i tan inicuo contacto» (2).

Los araucanos de los tiempos medios heredaron, asimismo, de las jeneraciones pretéritas las prácticas de especies vegetales reverenciadas, tenidas por prodijiosas. Hasta la fundacion de los pueblos de Araucanía quedaban en distintos lugares algunas plantas que recibian ofrendas de los viajeros i tribus cercanas, i otras que atraian mujeres que prac-

(1) Escena presenciada en su casa por el jóven mapuche Francisco Cayuleo, que estudia en Santiago, i referida al autor

(2) *Coronica Moralizada* del padre Calancha, tomo..., 472.

ticaban invocaciones fálicas, de las cuales quedaban borrosos vestigios hasta hace pocos años (1).

Este método comparativo hecho sucintamente hasta aquí, conduce al conocimiento positivo de que los araucanos han guardado también, por lo ménos en sus líneas más sobresalientes, la mentalidad de sus remotos antepasados.

Partiendo de sus representaciones colectivas i de la manera cómo estaban entrabadas, se hallan en su mentalidad las dos características esenciales de mística i prelójica, como las han llamado algunos autores (2).

El araucano tiene los mismos sentidos que el civilizado, aunque, contra la opinion hasta hoy aceptada, ménos refinados en jeneral, i talvez una estructura del cerebro que no difiere de la de aquél. Recibe como nosotros las impresiones visuales i auditivas, pero muchos de los objetos que él percibe conservan ese tinte sagrado, prodijioso i de fuerzas ocultas que le daban las jeneraciones precedentes. Para él no hai hechos propiamente físicos, sino ocasionados por voluntades portentosas e intencionales. Por eso se ha dicho que su tipo mental es místico, lo que equivale a decir que cuanto lo rodea implica misterio i fuerza oculta.

Por otra parte, los araucanos de la edad posterior no se han visto apremiados, como no se vieron sus ascendientes lejanos, por el principio de causalidad; no se preocupan de la interpretacion de los fenómenos; creen por tradicion.

Los observadores han recojido razonamientos de los primitivos o mejor dicho uniones de las representaciones colectivas, en las que resalta el uso erróneo del principio de la causalidad. Bastarán dos ejemplos escojidos entre muchos anotados para esta comprobacion.

El que esto escribe recojió entre unos indios de Guadava, al sur de Angol, la tradicion de que algunos comerciantes introdujeron por esos lados un saco de lentejas.

(1) Informes dados al autor en reducciones del sur i de los Andes.

(2) LÉVY BRUHL, *Fonctions mentales*.

Coincidió con este hecho una epidemia de viruelas. Se atribuyó la semejanza de ese cereal a la pústula i se concluyó por creer que las lentejas habian sido la causa de la peste.

Asistió él mismo una vez a un *machitun* o curacion de una mujer. La enferma se empeoró. Interrogada la *machi* por el marido, espuso que no habia sido otra la causa que la presencia de un español, circunstancia que desagradó a los espíritus bienhechores.

Por eso la mentalidad del indijena moderno es, además, prelógica. No quiere decir el término antelógica o de un período anterior a la aparición del pensamiento lógico, sino que no se somete como el nuestro al control de la contradicción.

Esta deficiencia de los indios en lo referente a la causalidad, explica la desconfianza con que todas las razas veían llegar extranjeros a sus tierras. Podían ser portadores de objetos sospechosos i hasta su sola presencia esponía a la colectividad a desgracias imprevistas. La historia de las asociaciones americanas está llena de episodios sobre muertes de extranjeros que penetraban a territorios indígenas. Los araucanos participaron igualmente de semejante propensión, que se conformaba a su estado mental particular.

Las representaciones colectivas de los araucanos modernos siguieron teniendo, pues, caracteres de similitud muy constantes con las de generaciones pasadas. Así como sus antepasados de la edad media de la raza conservaron como supervivencias todas las supersticiones del animismo primitivo, ellos las recibieron de estos ascendientes i las perpetuaron, bien que un tanto atenuadas, como reminiscencias, como hechos tradicionales.

Lo que sucedía en este período era que las representaciones colectivas se modificaban. La percepción de los seres i de los objetos perdía su carácter místico: unos permanecían sagrados por esencia i siempre; otros lo eran de una manera intermitente, debilitada i secundaria. Los seres i los objetos dotados de virtudes místicas se separan de los que no presentan este interés supremo para el grupo social. Los atribu-

tos objetivos, nulos ántes por el carácter místico esclusivo, atraen mas la atencion. La mentalidad se hace mas accesible a la esperiencia, mas sensible a la contradicción.

Las representaciones colectivas tienden a convertirse en imájenes o símbolos. Los araucanos de entónces no decían que eran cóndores o leones, pero presentían que sus antepasados habian tenido con estos animales relaciones de oríjen i veneración. De aquí provenían los sentimientos, los temores que esos animales despertaban i las precauciones que se tomaban con respecto a ellos.

Pero el debilitamiento de los elementos sagrados, no preserva a los símbolos, una vez formados, de retener los elementos que son vestijios de períodos anteriores. En los cambios mentales de pueblos no civilizados, jamas se disipa el residuo mas o ménos considerable de elementos místicos.

Nótase en la fase media i última de la mentalidad araucana un despliegue creciente de actos relijiosos o májicos, de adivinos, hechiceros i agentes rituales. Los espíritus se individualizan, los mitos aumentan i adquieren forma de animal, humana o semi-humana.

Fuera de las representaciones heredadas por el araucano moderno ya enumeradas, quedan por agregar otras que se presentan con bastante relieve en las costumbres.

Las variaciones de un utensilio, la modificación de una vivienda o de la indumentaria, podían ser causa de grandes contratiempos para un grupo de familias.

Hasta mediados del siglo pasado, entre los araucanos se recibía con burlas i recriminaciones a los individuos que llevaban alguna prenda del traje español o chileno. Aunque los caciques poderosos vestían en ocasiones, por el deseo desmedido del indio de hacerse admirar, uniforme de jeneral, una vez se quiso atacar a uno que se presentó a una reunion con casaca galoneada, por el norte de Traiguén.

Espania, asimismo, a desgracias a las familias el cacique de una reducción que permitía profundizar el suelo en tra-

bajos de minas; eso pertenecía a otros dueños o espíritus i nadie podía modificar la configuración del terreno (1).

Este carácter de sus percepciones nos da luz en ciertos hechos que serían inesplicables juzgados por la sola consideración del mecanismo psicológico.

Entre éstos se cuenta el de asignar todavía una porción de realidad a las imágenes plásticas de los seres, ya sean hombres o animales. No son como para el civilizado simples reproducciones materiales; poseen un principio tangible de unión con la persona que representan.

También quedan adheridos al nombre.

Supone todavía una vinculación de necesidad entre el hombre i el objeto; ha creído que pronunciando el nombre ejercía cierta influencia sobre la cosa. De aquí las fórmulas mágicas, el poder de las maldiciones, la virtud de las invocaciones. En la canción predomina la expresión afectiva i la combinación de palabras en mucha parte está destinada a producir efectos mágicos.

La danza, como la canción, tiene propiedades esencialmente mágicas, i la sombra, como la imagen, participa de la vida del cuerpo que la proyecta. El eco (*aukinko*) tiene algo extraño, no al alcance del discernimiento indígena.

Otra particularidad en la percepción del mapuche actual: los seres, los espíritus i los fenómenos se manifiestan, como ántes, a determinadas personas i no a un conjunto de individuos reunidos por alguna circunstancia especial. Esta exclusión de personas se verifica sobre todo cuando operan los adivinos, los médicos-hechiceros i los agentes del ceremonial religioso (*machi*).

Ninguna representación colectiva ha salvado la distancia del tiempo mas intacta en sus pormenores que la relativa a los sueños. Sólo ha variado la noción en que el mapuche la comprende como descanso, como una idea vaga de función

(1) Datos recojidos en una reducción de Lautaro.

fisiológica, i un medio ocasional a la vez de comunicarse con los espíritus i los ausentes. Los cuentos míticos tan abundantes en el folklore araucano, así lo demuestran de sobra.

A los sueños deben agregarse las alucinaciones de oríjen alcohólico o la mezcla de percepciones falsas con verdaderas, sobre todo las visuales. Estas alucinaciones son mas frecuentes en la noche; por la mañana ceden algo, pero el individuo sigue creyendo en la realidad de los hechos que ha presenciado. Es frecuente oír a mapuches, al parecer completamente razonables, contando de día aventuras que les han sucedido en la noche con *anchimallen* i *witranalwe* (mitos), cosa que nadie pone en duda.

Todo este acopio de datos indica que el araucano de todas las épocas no han percibido jamas como el conquistador español. Es claro que a condiciones de vida distintas, a tipos sociales diferentes, corresponden tambien mentalidades profundamente diferenciadas.

Sin embargo, Ercilla orienta sus datos acerca de la percepcion araucana hácia los caracteres mentales del español.

Los cronistas i los misioneros han recojido un material que puede servir de base para el análisis de la mentalidad de los araucanos; pero hai que tomar con cierta desconfianza sus jeneralizaciones acerca de muchos fenómenos sociales. Unos i otros han caído en el error de atribuir su propia manera de pensar i de sentir a la sociedad que observaban.

Estos observadores mezclaban a los datos útiles sus ideas preconcebidas; todos estaban persuadidos de que los indios debian al diablo las mas condenables de sus prácticas.

I como sus antecesores de siglos pasados, los misioneros, católicos o protestantes, que en la actualidad estudian las maneras de sentir, pensar i obrar de los araucanos, presentan los mismos peligros de interpretacion.

Otro tanto sucede con el explorador que atraviesa rápidamente una agrupacion de indijenas. No tiene tiempo sino para detenerse en los rasgos de relieve i no para descender al

conocimiento de las leyes que rijen la mentalidad de ese pueblo.

El mejor informante acerca de los problemas de psicología étnica es el observador preparado, que ha vivido largo tiempo en una comunidad indígena i ha hecho esfuerzos por entrar en su manera de sentir i de pensar.

Los poemas tampoco son fuentes de informacion segura: las exigencias de la versificacion i el deseo del poeta de dar dignidad a las figuras lo obligan a olvidar la verdad etnológica. En este caso se halla *La Araucana* de Ercilla. Obra de muchos méritos literarios, de valor indiscutible por su aspecto histórico i jeográfico i por ser la expresion majistral de la lengua i las maneras del pueblo español del siglo XVI, carece de fidelidad psicológica en los tipos indígenas que entran en accion. Obran éstos, sienten i piensan como sus antagonistas los conquistadores i a veces con mayor elevacion de concepto. En el curso de la relacion se nota la ausencia de esos rasgos mentales que constituian el fondo del alma araucana, lo místico i lo prelógico.

(Continuará).
